

La jungla oculta a una chica que no debe morir



ORIGEN

JESSICA KHOURY

UNO

ME HAN DICHO que el día que nació el tío Paolo me apretó contra su bata blanca y susurró: «Es perfecta». Dieciséis años después, siguen repitiendo esa palabra. Cada día la oigo, pronunciada por científicos o por guardias, por mi madre o por tía Brigid: «Perfecta».

También dicen otras cosas: que no hay nadie más como yo, al menos por el momento; o que soy la cúspide de la humanidad, una diosa nacida de carne mortal. «Eres inmortal, Pia, eres perfecta», me dicen.

Pero, mientras sigo al tío Paolo al laboratorio, voy arrastrando por el barro los cordones de las botas y aferrando con las manos un inquieto gorrión, y lo que menos me parece es que yo sea perfecta.

Fuera del complejo, la selva está más agitada de lo habitual. El viento, levemente aromatizado de orquídeas, atraviesa las ceibas y palmas como si buscara algo que se le ha perdido. El aire es tan húmedo que, como por arte de magia, aparecen gotas de agua en mi piel y en el pelo entrecano del tío Paolo. Cuando atravesamos el jardín, las puntiagudas heliconias y las pasionarias, que cuelgan pesadas, me rozan las piernas, dejándome gotas de rocío en la parte superior de las botas. Como cualquier otro día en la selva tropical, el agua está por todas partes, pero hoy la siento más fría, menos refrescante y más invasora.

Hoy es día de pruebas. Las llaman pruebas *wickham*, y tan solo tienen lugar a razón de una cada varios meses, a veces por

sorpresa, como hoy. Cuando desperté esta mañana en mi dormitorio de paredes de cristal, esperaba lo de costumbre: recitarle a mi tío Antonio listas de géneros y especies, comparar especímenes de algas bajo el microscopio con el tío Jakob, y después, tal vez, un buen baño en la piscina. Pero en vez de eso, se presentó mi madre para informarme de que el tío Paolo había decidido hacerme una prueba. A continuación salió por la puerta tan campante, y me dejó preparándome a toda prisa. Ni siquiera me ha dado tiempo a atarme los cordones de las botas.

Y aquí estoy, apenas diez minutos después.

El pájaro que tengo en las manos se debate sin cesar, arañándome las palmas de las manos con sus garras diminutas y pellizcándome las yemas de los dedos con el pico. No le sirve de nada: tiene las garras lo bastante afiladas para abrir la piel de cualquiera, pero no la mía. Seguramente por eso mi tío Paolo me pidió que llevara yo el pájaro en vez de hacerlo él. Puede que mi piel sea indestructible, pero ahora es como si se hubiera encogido a la tercera parte de su tamaño, y apenas consigo mantener la respiración dentro de ella. Tengo el corazón tan agitado como el pájaro que llevo en las manos.

Es el día de la prueba.

La última prueba que pasé, hace cuatro meses, no tenía nada que ver con ningún animal vivo, pero de todas maneras resultó muy difícil de superar. Tuve que observar a cinco personas distintas (a Jacques, el cocinero; a Clarence, el conserje, y a otros residentes que no pertenecen al cuerpo de científicos) para calcular si su contribución al bienestar de Little Cam era superior a lo que costaba alimentarlos, mantenerlos y pagarles. Me aterrorizó pensar que el resultado de mis conclusiones pudiera ser el despido de alguien. No echaron a nadie, pero el tío Paolo mantuvo una charla con la tía Nénine, la lavandera, sobre el tiempo que se pasaba dormitando en comparación con el tiempo que pasaba despierta y trabajando. Le pregunté al tío Paolo qué era lo que la prueba demostraría, y él me contestó que la prueba mostraría si

mi juicio era lo bastante claro como para hacer observaciones racionales y científicas. El caso es que aún no estoy segura de que la tía Nénine me haya perdonado mi conclusión, aunque se tratara de una observación puramente racional y científica.

Bajo los ojos hacia el gorrión, preguntándome qué suerte le aguardará. Por un momento, mi voluntad (y mis dedos) ceden muy ligeramente, pero es suficiente para que el pájaro se suelte de una sacudida y salga volando. Mis perfeccionados reflejos toman la decisión antes incluso que el cerebro: estiro la mano, atrapo el pájaro en pleno vuelo y lo acerco a mí, todo eso en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Todo bien? —pregunta el tío Paolo, sin volverse.

—Sin problemas. —Sé que sabe lo que ha ocurrido. Siempre lo sabe todo. Y también sabe que yo nunca sería tan desobediente como para dejar libre al espécimen que ha elegido.

«Lo siento», quisiera decirle al pájaro. Pero en vez de hacerlo, lo sujeto con más fuerza.

En Little Cam hay dos edificios de laboratorios. Llegamos a Laboratorios B, que es el más pequeño. Mi madre nos aguarda dentro. Lleva su bata blanca de asistente del laboratorio recién planchada, y se está poniendo los guantes de látex, que hace restallar contra las muñecas.

—¿Está preparado todo, Sylvia? —pregunta el tío Paolo.

Mi madre asiente con la cabeza y pasa delante para atravesar una puerta tras otra. Nosotros la seguimos hasta un laboratorio pequeño que raramente se utiliza, cerca del ala antigua, que quedó destruida hace años en un incendio. La puerta que da al vestíbulo en ruinas está cerrada y, por el óxido del pomo, juraría que hace años que no la abre nadie.

Dentro del laboratorio, en las paredes se suceden estanterías de metal, armarios y fregaderos, y todos ellos captan mi imagen y distorsionan el reflejo. En el centro de la sala hay una pequeña mesa de aluminio, con dos sillas a cada lado y una jaula de metal colocada encima.

—Introduce al sujeto 557 —me dice el tío Paolo, y yo suelto al pájaro en el interior de la jaula, que es apenas lo bastante grande para que pueda volar describiendo un círculo mínimo. Se lanza contra la rejilla de metal y después se posa en el suelo con las alas incómodamente extendidas. Al cabo de un rato vuelve a levantarse, batiendo las alas con determinación, como si quisiera enfrentarse a su encierro con ellas.

Entonces veo los cables que serpentean desde la jaula a la base y descienden y van por el suelo hasta un pequeño generador que se encuentra debajo del lavaojos de emergencia.

Me quedo un momento sin respiración. Después miro al tío Paolo para ver si él se ha dado cuenta. No lo ha hecho. Está cumplimentando unos impresos sobre una tablilla.

—De acuerdo, Pia —dice mientras su bolígrafo araña el último trazo. El pájaro vuelve a posarse, se levanta, y se aferra a una de las paredes de la jaula con sus garras diminutas. El tío Paolo me entrega la tablilla—. Toma asiento. Bien. ¿Has traído bolígrafo?

No lo he hecho, así que él me deja el suyo y se saca otro del bolsillo de la bata.

—¿Qué hago? —le pregunto.

—Toma notas. Mídelo todo. Este sujeto ha estado recibiendo dosis periódicas de un nuevo suero que yo he estado desarrollando a partir del ginseng del Brasil.

El ginseng del Brasil, *Pfaffia paniculata*, es un estimulante bastante corriente, pero seguramente tiene docenas de aplicaciones que aún no hemos descubierto.

—Así que... estamos experimentando a ver si el sujeto soporta el... estrés producido por esta prueba mejor que un sujeto de control no tratado con el producto.

—Efectivamente —dice él con una sonrisa—. Excelente, Pia. Este suero (yo lo llamo E13) debería actuar cuando el pájaro haya agotado ya sus últimas fuerzas, proporcionándole unos minutos más de energía.

Asiento con la cabeza para mostrar que he comprendido. Semejante suero podría resultar médicamente útil de una infinidad de maneras distintas.

—Hoy sin ordenadores —me dice el tío Paolo—. Ni instrumentos: confía simplemente en tus propias facultades. Observa, apunta, y después evaluaremos. Ya conoces el método.

—Sí. —Abro y cierro los ojos, mirando al pájaro.

—¡Sylvia! —El tío Paolo le chasquea los dedos a mi madre, y ella acciona una llave en el generador. Noto la electricidad antes de que llegue a la jaula: una suave vibración que chisporrotea por los cables, junto a mis pies. El vello de mis brazos empieza a erizarse, como si la electricidad entrara dentro de mí.

La jaula empieza a emitir un zumbido. El pajarillo pía de manera estridente y salta al aire, solo para volver a chocar con el metal y recibir una nueva descarga. Me inclino hacia delante y observo. Capto el instante exacto en que el pájaro comprende que no puede posarse. Las pupilas se le encogen. El gorrión abre las plumas, y empieza a girar en bucles cerrados y vertiginosos.

Siento náuseas, pero no dejo que lo note el tío Paolo. Él se inclina hacia atrás, con las manos dobladas sobre su propia tablilla. No ha venido al laboratorio para observar al pájaro: ha venido para observarme a mí.

Agacho la cabeza y me obligo a tomar notas: *Ammodramus aurifrons: Gorrión de color castaño amarillento, que se halla habitualmente en las áreas menos densas del bosque tropical...*

Vuelvo a alzar los ojos, observando al pájaro y consciente de cómo me observa el tío Paolo a mí. No muevo ni un músculo del rostro. Respiro lenta y regularmente, consciente de cómo entra y sale el aire de mis pulmones. No puedo dejar que el tío Paolo me vea haciendo un gesto de dolor, ni abriendo la boca, ni nada que pueda transmitir la sensación de que las emociones perjudican mi objetividad. De nuevo, el pájaro intenta posarse, y oigo el chisporroteo de la electricidad. Ya cansado, el indefenso gorrión reemprende su frenético volar en círculo.

En vuelo durante 3,85 minutos, anoto. Batiendo las alas 9,2 veces por segundo, las ha batido un total de 2097,6 veces... En vuelo por 2,4 minutos... Los números son algo que me sale de manera automática. Los científicos se ríen de mí, dicen que eso me ocurre porque paso demasiado tiempo con ellos. Una vez pregunté: «¿Es que hay alguien más aparte de vosotros?». Y no me respondieron.

El gorrion empieza a cometer errores. Las alas se le vuelven torpes, y recibe golpes más a menudo. En cierto momento, se aferra a las barras de metal con las garras y se aprieta contra la pared de la jaula. Su cuerpecito se estremece con sacudidas eléctricas.

Sé que el tío Paolo tiene puestos los ojos en mí, y está buscando algún indicio de debilidad. Hago todo lo que puedo por no mostrar ninguno.

No debo fallar. No puedo. De entre todo lo que estudio, las pruebas *wickham* son lo más importante. Estas pruebas evalúan si estoy lo suficientemente preparada para ser científica. Si estoy preparada para conocer los secretos de mi propia existencia. Cuando demuestre que soy una de ellos, entonces empezará mi verdadero trabajo: crear a otros como yo. Y eso es todo. Soy la primera y única de mi tipo, y lo he sido durante dieciséis años. Ahora solo quiero una cosa: a alguien más que conozca esto, que sepa lo que es no poder sufrir heridas, que sepa lo que es mirar hacia delante y ver la eternidad, que sepa lo que es contemplar todos los días una cara tras otra, caras que una ama, caras que un día dejarán de respirar y empezarán a descomponerse, mientras la de uno permanece igual, ajena al tiempo.

Ninguno de ellos puede saber lo que es eso: ni mi madre, ni el tío Paolo, ni ninguno de ellos. Se creen que pueden comprender. Se creen que pueden empatizar conmigo, o imaginarse lo que siento. Pero lo único que realmente conocen es lo que pueden observar, cosas como la velocidad a la que puedo correr o la prontitud con que desaparecen los moratones de mi piel.

En lo que se refiere a la parte oculta de mí, a la Pia interior e intocable, lo único que pueden imaginar es que soy distinta.

Pero seguramente no se imaginan hasta qué punto lo soy.

El suero E13 debe de haber hecho efecto de repente, pues el pájaro vuelve a volar, girando y describiendo círculos, y yo tomo nota de cada movimiento, aunque la mano me empieza a temblar. Distingo una mirada de triunfo en los ojos del tío Paolo cuando el pájaro bate las alas con el doble de fuerza que al comienzo de la prueba.

Uno, dos, seis minutos más, y empieza a declinar la energía producida por el suero. El pájaro vuelve a flaquear.

Quiero que la cosa acabe, pero no puedo mirar a mi madre implorándole, pues ella se pondría sencillamente de parte de él, como hace siempre. El bolígrafo del tío Paolo no para de escribir sobre el papel. Quisiera saber qué es lo que anota sobre mí, pero tengo que mantenerme firme.

El gorrión no puede continuar mucho más, o el corazón le dejará de latir. «Seguramente no llegaremos tan lejos», pienso mirando el rostro del tío Paolo, pero él sigue tan impassible como siempre: el científico perfecto.

—Me parece... —empiezo a decir, pero me quedo callada un instante, me humedezco los labios: tengo la boca seca—. Me parece que ya tengo datos suficientes.

—La prueba no ha terminado, Pia —dice el tío Paolo frunciendo el ceño.

—Bueno, es solo que... dentro de un minuto más, el corazón se le...

—Pia. —Mi nombre suena severo en sus labios, y el gesto de dolor que he estado reprimiendo todo el tiempo se presenta finalmente. El tío Paolo se inclina hacia delante—: La prueba no ha terminado. Controla tus emociones, Pia. Concéntrate en tu objetivo, no en lo que hay que hacer para llegar a él. El objetivo lo es todo, lo que hay que hacer para alcanzarlo no es nada. No importa lo difícil que sea el camino, el objetivo siempre merece la pena.

Abro la boca para volver a protestar, pero transijo y continuo, pensando: «No seguiremos hasta el final. No será capaz».

El gorrión se posa con torpeza. Vuelve a volar, ya sin buscar una escapatoria, sino solo el descanso. No lo encontrará.

No vuela más de tres segundos antes de volver a desplomarse. Lo intenta, pero no encuentra las fuerzas suficientes para volver a volar. En su lugar, con los ojos vidriosos, da saltitos irregulares. Las barritas de la jaula chisporrotean.

¿Conseguirá descansar? Se me separan los labios. Contengo el aliento...

Pero, finalmente, dice el tío Paolo:

—¡Ya es suficiente! Apaga, Sylvia.

Mi madre desconecta el generador. El pájaro se desploma, aliviado.

Y yo también.

El tío Antonio va a verme a mi habitación. Yo me siento en la cama con las piernas cruzadas y el gorrión entre las manos. Está demasiado cansado y asustado para intentar escapar, y yo le acaricio las plumas distraídamente mientras contemplo la selva.

Tres de las paredes de mi dormitorio, y también el techo, son de cristal. Como la casita en la que se encuentra está muy próxima a la cerca del oeste y apartada del complejo, disfruto de una vista de la selva tropical de casi 360 grados. Antes mi habitación era un invernadero. Cuando nací, los científicos decidieron convertirlo en un dormitorio para mí, y el resto de la casa, que eran laboratorios botánicos, se convirtió en otro dormitorio con baño, una sala de estar y un estudio para mi madre.

Han debatido a menudo si reemplazar el cristal de mi dormitorio por paredes de escayola, pero yo me he negado siempre, igual que me negué a que dejaran las cámaras que en otro tiempo me filmaban día y noche. Me he salido con la mía en ambas cosas, pero por muy poco. Como la casa de cristal se encuentra a solo unos metros de la cerca, y mi dormitorio mira a la selva,

quedo oculta del resto de Little Cam, y sin embargo tengo una vista panorámica de la selva. Es casi como si no tuviera paredes en absoluto. Me encanta despertarme y ver los árboles encima de mi cabeza. A veces me siento en la cama durante horas, simplemente observando a ver qué animales pasan por delante.

Y a veces hasta me imagino cómo sería encontrarse al otro lado de esa cerca, mirando hacia dentro en vez de mirar hacia fuera. Y poder correr todo lo lejos que me apetezca.

Pero eso es ridículo. Mi mundo es Little Cam, y si me encontrara allí fuera, en la selva, no tendría adónde ir.

El tío Antonio se acerca a la pared de cristal y se queda de pie, dándole la espalda a la selva, mirándome con las manos en los bolsillos.

De todas mis «tías» y «tíos», el tío Antonio es mi favorito. A diferencia de todos los demás, él nunca me llama perfecta. Me llama *Tamia*, que es un tipo de ardilla que yo no he visto nunca salvo en los libros de zoología. Y, en realidad, tampoco él la ha visto, pues, como yo, el tío Antonio nació en Little Cam.

—He superado la prueba —digo respondiendo a la pregunta que él no llega a formular, y sus ojos se quedan prendidos en el gorrión que acojo entre las manos.

—¿Y él?

—Se supone que tengo que devolverlo al zoo.

El tío Antonio aprieta con fuerza los labios, que están escondidos en la espesura de su barba. Está completamente en contra de esas pruebas, pero no lo dice nunca. El tío Paolo es el que manda en Little Cam, y el tío Antonio no puede hacer nada.

—Voy contigo —dice. Yo asiento con la cabeza, contenta de que me acompañe.

Dejamos la casa de cristal y emprendemos el camino al pequeño zoo. Diez filas de barrotes horizontales, unidos entre sí con alambrada electrificada, rodean la casa de cristal y el resto del complejo de investigación que llamamos Little Cam. Hay trece edificios en total. Algunos son laboratorios, otros

son residencias, otro es el centro social donde se encuentran el gimnasio, la piscina, la sala común y el comedor. Vamos agazapados bajo el dosel de bosque tropical, seguros y secretos como hormigas bajo la hierba.

La población de Little Cam está constituida por veinticuatro científicos, una docena de guardias y varias doncellas, hombres de mantenimiento, cocineros y asistentes de laboratorio. Yo soy el motivo de que estén todos aquí, y también soy el motivo de que nadie pueda saber que existe este lugar.

—¿Cuántas pruebas más crees que tendré que superar antes de estar lista? —le pregunto.

El tío Antonio se encoge de hombros:

—No es algo que el tío Paolo comente conmigo. ¿Por qué, estás impaciente? Tú deberías ser la persona con menos prisas del mundo.

«Porque dispondrás de todo el tiempo del mundo», sé que está pensando. Levanto la vista hacia él, preguntándome, y no por primera vez, cómo será eso de saber que uno se acabará un día, de repente.

El tío Antonio se rasca la barba, que es espesa y rizada y le da aspecto de mono lanudo.

—¿Qué dijo el tío Paolo cuando todo acabó?

—Lo que dice siempre: que soy perfecta y que he superado la prueba.

—¡Perfecta...! —repite gruñendo.

—¿Qué? ¿Tú no crees que yo sea perfecta? —no puedo resistirme a preguntárselo, porque se irrita cada vez que lo menciono—. Puedo correr cincuenta kilómetros sin pararme. Puedo dar saltos de dos metros de altura. No hay nada en este mundo lo bastante afilado como para atravesarme la piel. No me puedo ahogar. Soy inmune a todas las enfermedades conocidas por el hombre. Tengo una memoria perfecta. Mis sentidos son más agudos que los de ningún otro ser humano. Mis reflejos no tienen nada que envidiar a los de un gato. No envejeceré

nunca... —Mi voz se apaga, y abandono toda petulancia—: ...y no moriré nunca.

—La perfección —susurra el tío Antonio— depende de lo que hagas, Pia.

Estoy a punto de reírme de él al oírle este solemne cliché, pero sus ojos parecen tan serios que no lo hago.

—En cualquier caso —dice—, si tú eres tan perfecta, *Tamia*, ¿por qué sigue haciéndote pruebas?

—Eso no es justo, y tú lo sabes.

—¿Has pensado alguna vez... —Se queda callado, negando con la cabeza.

—¿Qué...? ¿Que si he pensado qué?

Pestaña antes de responder mirándome por encima del hombro.

—Ya sabes: en no superar la prueba.

—¿Por error, o haciéndolo a propósito? ¿Por qué? ¿Para no tener que hacer más pruebas?

Él extiende las manos como diciendo: «Exacto».

—Pero, tío Antonio, de ese modo no me dejarían nunca unirme al equipo *Inmortis*. Y yo nunca llegaría a saber cómo lograron hacerme tal cual soy. —Y tampoco podría ayudar a fabricar a otras personas semejantes a mí, pienso—. Sabes tan bien como yo que nunca conoceré el secreto de *Inmortis* hasta que sea parte del equipo. Es decir... —Le dirijo entonces una sonrisa alentadora—. A menos que quieras contármelo tú.

El tío Antonio lanza un suspiro:

—No, Pia.

—Vamos, simplemente cuéntamelo. Ya lo sé todo sobre la flor élísea, pero ¿y el catalizador? ¿Cómo se obtiene el *Inmortis*?

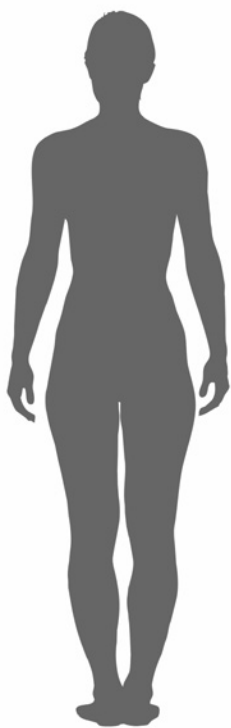
—Sabes que no te voy a decir nada, así que deja de preguntar.

Lo observo de cerca, pero cuando quiere puede resultar tan imperturbable como el tío Paolo. Enseguida llegamos a nuestro pequeño zoo, pero en vez de entrar, me quedo allí, mirando la puerta.

—¿Qué sucede? —pregunta el tío Antonio.

Bajo los ojos hasta el gorrión. Tiene las alas abiertas sobre la palma de mis manos, y la cabeza extrañamente inmóvil. Siento en la mano el palpito de su corazoncito diminuto, tan débil que apenas late. En este momento no me importa nada lo de ser una científica perfecta y obediente. Se trata de un capricho irracional, y seguramente tardaré menos de un minuto en lamentarlo, pero abro las manos hasta que forman un plano, levanto al gorrión, y lo impulso suavemente hacia el aire. Sorprendido y desorientado, el gorrión duda y se tambalea antes de extender las alas, pero a continuación se propulsa hacia el cielo, ascendiendo sobre el tejado de nuestro pequeño zoo para desaparecer en el crepúsculo.





¿Amor o inmortalidad?

ORIGEN es una mirada nueva
a un antiguo deseo: vivir para siempre.

¿Me arriesgaría a perder mi eternidad
solo para salvar a aquel chico mortal?

«Este relato fascinante de los horrores de una ingeniería genética enloquecida es al mismo tiempo un *thriller* y una historia de amor, y está narrado con belleza, sin desmayo».

Judy Blundell, autora de *Lo que vi y por qué mentí*, y ganadora del National Book Award

«*Origen* es una asombrosa novela de misterio que se desarrolla en una vívida y exuberante selva amazónica. Su heroína surge en medio de un conflicto mortal entre ciencia y naturaleza. Pia se abrió camino a través de las páginas de la novela y dejó su impronta en el paisaje de mis imaginaciones, mientras el peligro casi intangible que planteaba la novela me cortaba la respiración».

Colleen Houck, autora de *La maldición del tigre*

«Me ha encantado la acción, el idilio amoroso y el misterio de *Origen*. Y no podía dejar de pensar en los dilemas que suscitaba».

Beth Revis, autora de *Despierta. Across the Universe*

«Un relato imposible de dejar, apasionante y fantástico, que permanecerá por siempre en el corazón de sus lectores. Pia puede ser el antídoto perfecto para los que sufren por la retirada de Katniss».

Josh Sundquist, autor de *Just Don't Fall*

ANAYA

1578186

ISBN 978-84-678-4082-7



9 788467 840827

www.anayainfantilyjuvenil.com